

Presentacion del Libro de José Ramón Recalde

“Fe de Vida: Memorias”

Por José Luis Barbería

Si supiera dibujar, dibujaría a José Ramón Recalde mirando a las estrellas. Me lo imagino en el balcón de su casa de Igeldo, en San Sebastián: el cuello y la cabeza estirados en una línea vertical directa al cielo, como las esculturas de Giacometti. Yo creo, y no sé qué es lo que pensará él, que esa búsqueda vital suya está animada por un poderoso sentido de la trascendencia, adquirido, supongo, en las tempranas vivencias religiosas de su infancia y su juventud. Un sentido de la trascendencia que ha perdurado en él hasta hoy porque nunca encontró completo acomodo en el molde del marxismo ni ha llegado a agotarse en las corrientes del existencialismo.

El caso es que el profesor Recalde, - el profesor de Derecho pero, sobre todo, el profesor de democracia para tantos vascos inquietos- , y el político Recalde, -el político de partido, que no de aparato, el que fue consejero de Educación y de Justicia vasco, el promotor de la librería Lagun, siempre han aspirado a abandonar el infierno y a encaramarse a las estrellas. Esa ha sido su meta y su camino de perfección, la

búsqueda de la patria íntima del hombre que va depurándose, despojándose de toda miseria. Mucho antes de que leyera a Bloch, Recalde ya sabía que el tránsito entre el infierno y las estrellas le exigía alcanzar un espíritu puro y dispuesto y saber mantener el paso erguido del hombre. Porque eso es lo que ha hecho toda su vida.

Yo miro a José Ramón Recalde y veo en él a un superviviente. Claro, me dirán ustedes, es un hombre que pasó por la tortura y la cárcel franquistas y que ha sobrevivido, milagrosamente a un atentado de ETA. Cómo no va a ser un superviviente. Es verdad que lo suyo es extraordinario. En lugar de aceptar que un tiro a bocajarro en la boca es mortal de necesidad -y no tenemos mas que repasar las hemerotecas para comprobarlo-, él rompe todo cálculo de probabilidades y se sustrae al destino que le tenían reservado los asesinos. En lugar de darse por muerto en el momento dictado por ETA, él retoma su derecho a morir de acuerdo con los cánones que marcan el destino natural de los hombres. Retoma su vida y decide seguir avanzando en ese tránsito hacia las estrellas.

Pero cuando digo que veo en él a un superviviente, lo que quiero decir que es muy difícil conservar la confianza, la fe en que la razón y el pensamiento pueden cambiar las cosas, que es muy difícil mantener el humor y la disposición y capacidad autocrítica después de haber

pasado por toda una vida de avatares y experiencias traumáticas, de renunciaciones y fracasos, de decepciones y traiciones. Yo veo en él al intelectual honesto y al político ilustrado, una rara combinación en los tiempos que corren, veo al pensador y al activista que no ha sucumbido a la desesperanza, al miedo, a la pereza intelectual, a la fascinación de la violencia o al dogmatismo de las ideologías totalitarias, que no ha naufragado en la mediocridad acomodaticia, ni en la miseria moral de quienes a la búsqueda del poder y el aplauso han enterrado su compromiso.

Ustedes ya saben, supongo, que José Ramón Recalde es uno de esos hombres imprescindibles de los que hablaba Bertolt Brecht, uno de esos hombres que son imprescindibles porque luchan durante toda la vida. Pero, al contrario que otros antifranquistas, Recalde aprendió pronto que la forma de la lucha determina la validez o no de la misma, establece si el objetivo merece o no merece la pena.

La suya ha sido una conducta recta. Digo recta, que no rectilínea ni uniforme. ¿Cómo podía ser rectilínea la conducta de los que se rebelaron en los tiempos oscuros y convulsos del franquismo, los que despertaban a las ideologías acuciados por la necesidad imperiosa de hacer algo?

En todos estos años de lucha, su arma principal ha sido la autocrítica, ejercitada desde la razón y la moral ética de combate. Lean sus memorias Fe de Vida y descubrirán con qué severidad y rigor el intelectual y el político Recalde se critica y critica a los suyos por haber despreciado lo que denominaban la "democracia formal", por haber contemporanizado en exceso con el estalinismo, por no haber sido todo lo exigentes que hacía falta con los primeros atentados de ETA y luego, en la democracia, por no haber sido todo lo exigentes que hacía falta con el nacionalismo vasco en el poder.

Palabras como ética, coraje cívico, compromiso, honestidad..., nos suenan hoy tan gastadas, tan prostituidas por tanto farsante, que casi nos hacen daño en los oídos. Y, sin embargo, con José Ramón, tenemos que reivindicar la nobleza que esas palabras encierran. Porque el hombre entregado, dispuesto, que es él ha encontrado en esos conceptos las guías maestras que le permiten vencer el miedo y el dolor.

Aunque todavía no haya llegado a las estrellas, recuerda José Ramón que lo que cuenta es el camino. Recuerda los versos de Kavafis: "Que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de descubrimientos (...) Es preferible que dure años, que seas viejo cuando alcances la isla, rico con todo lo que has ganado en el camino, sin esperar a que sea Itaca la que haga rico (...) Sabio como te has hecho, tan pleno de experiencia.

Habrás entendido qué significan las Itacas". Y en este punto, hay que decir que María Teresa Castells no le ha esperado nunca en Itaca porque siempre ha viajado con él.

Digo que aunque todavía no haya llegado a las estrellas y siga viviendo escoltado, aunque a veces le asalte la melancolía que ataca más a las almas complejas y sensibles, Recalde ha traspasado ya esa línea del miedo que en Euskadi atenaza tantas voluntades y embota tantos cerebros. Él está ya en otra estancia, en el espacio en el que las convicciones profundas y la determinación intelectual y personal liberan a la libertad de sus cadenas, el territorio en el que los temores a la muerte, al asesinato, al conflicto, el miedo al miedo, chocan contra la empalizada de la voluntad libremente asumida del que se sabe en su camino.

Como decía, este hombre ha caminado siempre erguido. Por eso ha tenido que enfrentarse en su vida a dos acontecimientos tan traumáticos como el de su detención en el franquismo y a su intento de asesinato. Cuando salió de la cárcel, en 1963, después de haber pasado un año entero sin poder tocar a su hijo, después de haber vivido angustiado porque el tiempo se le escapaba de las manos mientras en el patio de la prisión sonaba aquella canción de moda: "Cuando calienta el sol aquí en la playa", lo que no hizo fue dejarse llevar por la tentación

de abandonar, tan justificada, por otra parte, en aquellos que ya habían pagado su cuota.

Lo que hizo fue sumergirse más profundamente en la lucha antifranquista y ya no paró hasta ver caer el régimen. Siempre erguido, ha seguido plantando cara en la noche vasca cuando los lobos merodeaban en torno a las casas de los señalados y la gente se encogía, se inhibía o se disfrazaba. Recalde es uno de esos idealistas que se la juegan, para perder, en esta Euskalherria "pálida madre" violada por sus hijos, el tipo de gente que rompió en su día con el tiempo de silencio de la dictadura y que ahora ha roto también con el tiempo de silencio de la violencia etarra.

Frente el nacionalismo ramplón y egoísta, Recalde que es uno de los grandes vascos que nos quedan: una cabeza privilegiada, un corazón ético, repite los versos de su amigo Gabriel Aresti: "El hombre que no tenga por límite la libertad y una vida digna y noble, no es vasco porque no es hombre". Recalde pierde ahora para que la libertad, la igualdad y la dignidad humana triunfen en Euskadi, para que esa mayoría que mira para otro lado pueda salir ganando. Según él, eso no es heroísmo, sino simplemente vergüenza torera, una cuestión de decencia personal.

Dice Manuel Scorza en su poema la Aurora: "La noche pasará. Pueden escupir las aguas. Pueden fusilar a los gorriones. Pueden quemar los versos. Pueden degollar al dulce lirio. Pueden romper el canto y arrojarlo a una ciénaga. Pero esta noche pasará." Y yo digo que si las noches pasan y llegan las auroras es gracias a hombres como Recalde.

Zaragoza, 4 de mayo de 2005.